
EN TORNO A LA IDENTIDAD CULTURAL DE LA SEGUNDA GENERACION DE EMIGRANTES ESPAÑOLES EN HOLANDA Y SUIZA

"Deberías saberlo: *un señor y un soberano no detesta a nadie ni ve diferencias entre los pueblos*, pero el odio es una potente palanca entre sus manos, más potente que las armas, porque sin odio los brazos no tienen fuerza para levantar las armas. Yo he nacido para mandar, porque por mis venas corre la sangre de los reyes de Amurú y con los kikso mi pueblo dominó un día todos los países de un mar a otro. Por eso me esfuerzo en fomentar el odio entre Siria y Egipto y en soplar sobre las ascuas, que se van enrojeciendo lentamente, pero que una vez inflamadas destruirán todo el poderío egipcio sobre Siria. Por ello todas las villas y tribus de Siria deben aprender que el egipcio es más miserable, más codicioso y más ingrato que el sirio. Todos tienen que aprender a escupir con desprecio al oír pronunciar el nombre de Egipto y ver en los egipcios unos opresores inicuos, unas sanguijuelas ávidas, verdugos de mujeres y niños, a fin de que su odio sea lo suficientemente fuerte para mover montañas." *En Sinuhé, el egipcio.*

Luis Seoane Pascual

El presente artículo pretende ser un resumen de los aspectos más importantes de un estudio presentado recientemente al Centro de Investigaciones Sociológicas en torno al análisis de la problemática de la segunda generación de emigrantes españoles en Holanda y Suiza¹.

El término «segunda generación» remite, evidentemente, a los hijos de los emigrantes. Pero la definición exacta de este concepto no puede ser más que de naturaleza ideológica. La segunda generación es en estos momentos en la Europa rica un sector social de un peso ideológico importante y, además, diferenciado del de la primera generación. Este hecho se constata si se sabe que actualmente dos organizaciones europeas de rango internacional

¹ En dicho estudio, titulado "Evolución de actitudes y pautas de comportamiento entre los jóvenes pertenecientes a la segunda generación de emigrantes españoles en Holanda y Suiza", aparte del autor del artículo, participaron: Miguel Angel de Prada, Juan Luis Recio, Santiago Mancho y Carlos Pereda.

(*European Science Fundation* y OIT) promueven estudios sobre la segunda generación a nivel internacional².

Esto quizá llame la atención en un país como España en donde los problemas de la inmigración internacional han sido más bien pequeños, debido a su hasta ahora escaso peso específico. España es, sin embargo, un país tradicionalmente emigrante, y muchos de sus súbditos son protagonistas de la escena que se desarrolla actualmente en la Europa rica en torno a la emigración. Quizá haya que deplorar el poco conocimiento que en España se tiene de esa realidad, que, probablemente, se deba al maniqueísmo que tradicionalmente ha marcado la política y la sensibilización pública en torno a nuestra emigración internacional.

El estudio al que remite este artículo cubre amplios aspectos de la problemática de la emigración, y es el resultado de la aplicación de una variedad de técnicas, tanto estructurales como distributivas. Aquí queremos restringirnos al aspecto central del estudio sobre el que pivotan todos los demás: *la identidad cultural de la segunda generación*.

El análisis que aquí reproducimos es el producto de la aplicación de siete Grupos de Discusión; cuatro con representantes de la segunda generación en Holanda y Suiza, uno con jóvenes retornados, uno con jóvenes holandeses y uno con jóvenes españoles en Madrid. En todos los casos, los representantes de las reuniones pertenecían a un sector social de clase media baja o clase baja, que es el estrato al que se adecuan de forma típica nuestros jóvenes emigrantes. También hicimos una acotación del campo desde el punto de vista de la edad: nos interesaban jóvenes entre diecisiete y veintiún años, que si bien no representan a la *mayoría* de la segunda generación, sí ejemplifican la problemática juvenil en la emigración. A *grosso modo*, el perfil general de la población estudiada sería el siguiente: jóvenes que están próximos a finalizar su etapa de escolarización; que, por su extracción de clase, tiende a adecuarse a los estudios profesionales de tipo medio y bajo, enfrentados prematuramente, por tanto, a la necesidad de buscar empleo; búsqueda que, por lo demás, aparece problematizada en una situación de crisis del mercado laboral.

La aproximación a nuestro objeto (la identidad cultural) será, por tanto, de tipo estructural. Nos interesa conocer el contenido y la estructura de las imágenes nacionales y/o culturales y, en general, la estructura de los conflictos ligados a la integración y la marginación cultural y/o nacional. La reflexión irá dirigida al intento de ofrecer conceptos para pensar la génesis de los conflictos culturales ligados a la emigración.

² De hecho, el estudio que realizamos se inscribe en un contexto más amplio, con financiación interministerial y bajo la tutela de la *European Science Fundation*, que a su vez promueve y coordina otros estudios sobre emigrantes de otras nacionalidades.

La lógica de las imágenes nacionales

Cualquier sujeto nacional y/o cultural posee representaciones conscientes de lo que constituye la identidad y la diferencia de su propia cultura. Es fácil coincidir entre españoles en una discusión sobre las diferencias entre ser francés y ser español, por ejemplo. Cabría preguntarse acerca del cómo y el porqué de esas imágenes, si realmente remiten a contenidos de una cultura dada o no tienen nada que ver con dichos contenidos. Esto es de una importancia capital para el análisis del conflicto cultural en la emigración.

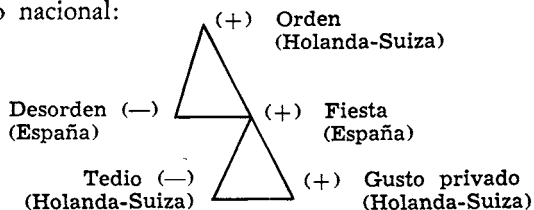
Conociendo mínimamente a los emigrantes españoles, es fácil tener la impresión de no haber conocido hasta entonces a ningún español auténtico. Tal es la identificación con el cliché nacional. Normalmente, el observador externo no puede sustraerse a una impresión de pobreza cultural, ya que lo español aparece fácilmente reducido al tópico.

Estamos muy acostumbrados a hacer chistes basándonos en esos clichés nacionales, pero raramente nos percatamos de la *eficacia* de esos estereotipos hasta que no entramos en una relación internacional. Proponemos un ejercicio. Marchar a trabajar a Francia durante un mes en un trabajo descualificado. Al volver, probar a convencerse a uno mismo que lo que reza el cliché del francés es falso. Naturalmente, la impresión cambiaría si se va como representante de España a un congreso internacional de Sociología. Las imágenes nacionales tienen valor en un contexto, pero lo cierto es que en la relación entre sujetos nacionales españoles y franceses suele ser más frecuente el primer tipo de contexto, es decir, el de la prestación unilateral de mano de obra descualificada.

De ahí nuestro interés en formalizar los elementos que aparecen en los clichés nacionales. Dudamos desde un principio que esas imágenes nacionales pudieran ofrecernos alguna información acerca de las características distintivas de las culturas a las que remiten. Su lógica y su significación habría que buscarlas en otro sitio, teniendo en cuenta el contexto global de relación entre sujetos nacionales y/o culturales; en nuestro caso, la relación emigrante/autóctono. Lo que sigue es el proceso de análisis llevado a cabo.

El esquema de lo nacional

En el análisis de los discursos de las reuniones con jóvenes de la segunda generación se llegó a este esquema que organiza el conjunto de valoraciones acerca de lo nacional:



Empecemos por explicar someramente el esquema. El triángulo superior refleja las valoraciones desde el punto de vista de lo legal; es decir, desde el ordenamiento de los sujetos. La fiesta opera como *mediación* porque es precisamente un orden desorganizado. Holanda y Suiza son los países del orden, del civismo, etc.; todos participamos de alguna manera en esta visión de Europa. Por contraposición, España remite al desorden, a la suciedad, al caos. Sin embargo, España posee la fiesta, que hace que la vida sea mucho más agradable de ser vivida.

Aquí es donde empezamos con el segundo triángulo. La fiesta es el símbolo de una comunicación abierta entre sujetos. El «ir de cañas» se convierte en lo específico de lo español, y la ejemplificación de esa comunicación idílica. Por contraposición, Holanda y Suiza se convierten en países de tedio, donde la comunicación se hace prácticamente imposible. La única mediación posible entre esta oposición es el gusto privado, ya que es una fiesta restringida. Esta segunda mediación remite nuevamente a Holanda y a Suiza.

Tenemos así dos ejes (sémicos) de estructuración de las imágenes nacionales:

- a) *Subdesarrollo/desarrollo*.—Este eje se estructura desde semas del orden y la racionalidad. Esta estructuración revela ya una característica típica de la ideología postindustrial. Mientras que para los padres los semas implicados rondaban dentro de la noción de progreso, ahora el orden y la racionalidad se vuelven elementos prioritarios. Los países se clasifican así en ordenados y desordenados, siendo posible establecer grados de orden, que acercarán a unos países y distanciarán a otros. España se situará más cerca de Holanda y Suiza que, por ejemplo, Turquía.
- b) *Trabajo/ocio*.—Aquí los semas implicados son los del tedio y la fiesta. Esta estructuración revela la característica típica de la civilización del ocio. El tedio aparece normalmente asociado al trabajo, y hay países para trabajar y hay países para consumir. España se convertirá así en un paraíso para el consumo y el ocio. Pero no un consumo cualquiera, sino un consumo de masas, ligado ideológicamente a la comunicación grupal, es decir, entre iguales.

El análisis, sin embargo, no se centró únicamente en el estudio de las imágenes. Se observó así que el esquema se reproducía cuando eran otros los objetos de valoración. Por ejemplo, en la percepción del conflicto generacional los padres y mayores aparecían en el lugar del tedio, frente a la juventud que, como clase generacional independiente, reivindica para sí la fiesta.

Especial interés lo tenían los juicios acerca de los emigrantes. Los turcos

ejemplificaban el tipo de emigrante subdesarrollado, al igual que la primera generación, es decir, los padres. Los emigrantes españoles, particularmente la segunda generación, entraban, sin embargo, a formar parte de los desarrollados como asimilados, y se asemejaban en este sentido al autóctono. Sin embargo, desde el segundo eje de valoración, todos los emigrantes volvían a formar (al igual que España y la juventud) un espacio de comunicación idílica, ejemplificada por la fiesta. El autóctono, por el contrario, tomaba el papel de castrador, incapaz e incapacitador de una comunicación fecunda.

Para tener una perspectiva más amplia de la estructura de las imágenes nacionales y de la ideología general de sector estudiado, hicimos un grupo de control en Madrid con jóvenes españoles de similar edad y extracción social. Algunas de las consecuencias del análisis fueron inesperadas.

Lo que más llamó la atención es que la elección entre el campo y la ciudad (varios eran emigrantes rurales) vehiculaba los mismos elementos ideológicos que la elección de nacionalidad en la segunda generación. La ciudad suponía orden y racionalidad, pero a su vez destrozaba toda comunicación fecunda entre los sujetos; el campo, lugar del desorden y la irracionalidad, permitía, sin embargo, una comunicación idílica. Ni que decir tiene que la oposición generacional se organizaba en los mismos términos.

Pero especial interés tuvimos por las imágenes nacionales. Y otra vez el mismo esquema. Europa ordenada, España desordenada; los franceses aburridos y castradores, etc. Los países subdesarrollados tenían, sin embargo, el aliciente de la comunicación (y si no, ahí están los turistas). Peculiar interés tenía la percepción del estadounidense, ya que condensaba todos los elementos positivos y ninguno de los negativos; era a la vez desarrollado y especialmente comunicativo. Aunque no lo creamos, Estados Unidos como sociedad sigue siendo todavía el ideal de la clase media.

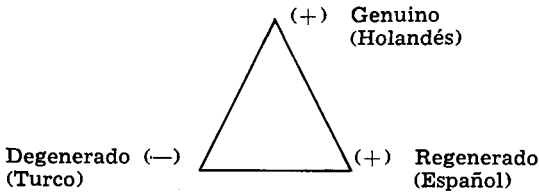
España, como en el grupo de jóvenes emigrantes, ocupaba un lugar franja, lo cual les permitía asumir tanto el discurso del amo como el del esclavo, bien se hablara de la relación con africanos y gitanos, bien se hablara de la relación con los europeos. Esto recuerda lo que hablamos del emigrante turco anteriormente.

Naturalmente, las nacionalidades españolas son vistas también desde el mismo esquema. Andalucía representa la españolidad desde el punto de vista de la fiesta, y Cataluña y el País Vasco la racionalidad y el orden, pero, a su vez, el tedio y la conducta castradora de la comunicación.

Lo que más llama la atención de todo el análisis efectuado hasta ahora es la ambivalencia de los juicios acerca de lo nacional. Ora España era degradada, ora ensalzada, ya se asumiera el eje de la racionalidad o el del ocio. Además, esa facilidad del español para definirse ya desde la racionalidad, ya desde el ocio, nos hacía pensar en la existencia de un punto de vista marginante y un punto de vista marginado en la percepción de las diferen-

cias nacionales, y que ambos puntos de vista eran contradictorios, lo cual no era óbice para que lo español se definiera en la contradicción.

Siguiendo esta línea de búsqueda hicimos un grupo de discusión con jóvenes holandeses pertenecientes a sectores de edad y de clase similares. Si bien esa reunión tuvo problemas técnicos (debido a la dificultad del idioma) que la desvirtuaron, sí pudimos aislar un esquema coherente de la jerarquía de los emigrantes:



Este esquema es exactamente el mismo que utilizaban los jóvenes emigrantes cuando reivindicaban su diferencia con respecto a los turcos, o el de los españoles con respecto a los gitanos o los marroquíes. Dos actitudes son posibles contra aquel que se escapa de la racionalidad occidental imperante: o bien el *regeneracionismo* (el intento piadoso de reconducirles al buen camino), o bien el *racismo*. El racismo se justifica en los jóvenes holandeses por la persistencia de determinadas costumbres bárbaras; en última instancia, por el autoaislamiento. Lo curioso es que las costumbres propias del emigrante sean interpretadas como *agresiones*. Una agresión puede ser, por ejemplo, el vestir al modo turco, o negarse al intercambio de mujeres con el autóctono. También, evidentemente, robar...

Quien haya estado en Francia trabajando en un oficio indeseable y no haya sentido la tentación de robar a *los franceses* que tire la primera piedra. Evidentemente, para que el agredido se sienta agredido es necesario que el agresor y el agredido convengan que eso es realmente una agresión. Puede existir un equívoco, pero el equívoco es subsanable. Más o menos conscientemente, la chilaba del moro es una forma de agredir al holandés.

Recuérdese el triángulo inferior del esquema del principio. El triángulo representaba la inversión de los valores nacionales desde el punto de vista del ocio. La racionalidad y el orden aparecían esta vez marcados negativamente; producían tedio y castración de la comunicación. Obsérvese que desde este esquema la racionalidad y el orden aparecen como agresiones, ante las cuales es posible refugiarse en lo propio cultural simbolizado por la fiesta. Ello lleva a una recuperación de las costumbres del país de origen, pero esta vez como *folklore*. Pero, a su vez, esto refuerza la actitud racista del autóctono, etc.

Pero de lo expuesto hasta ahora podemos sacar más conclusiones. El hecho de que los contenidos de las imágenes sean idénticos a los de las imágenes generacionales, o a los del campo y la ciudad, etc., nos lleva a concluir

que debe de existir una misma lógica de producción de todas ellas. A semejanza de *estructuras* es razonable suponer semejanza de *procesos*.

También el hecho de que la misma estructura de las imágenes nacionales homogeinice contextos culturales diferentes (por ejemplo, el turco aparece como semejante al surinamés en Holanda, o el emigrante español al italiano), hace pensar que el contexto de producción de esas imágenes es de hecho un contexto internacional. Con ello queremos decir que tanto el turco, como el español, como el holandés poseen esencialmente *el mismo tipo de normas* para la construcción de las imágenes nacionales y, por tanto, de la identidad cultural y/o nacional.

Esto es de suma importancia, ya que hay muchos que piensan que los conflictos culturales en la emigración han de explicarse desde las peculiaridades culturales de los sujetos en conflicto. Pero esto es un absurdo, ya que por mucho que refinemos nuestro análisis antropológico, no tendremos nunca elementos para entender por qué un elemento de la cultura A entra en conflicto con otro de la cultura B; por qué la chilaba del moro es una agresión para el holandés. Sin embargo, esto es lo que aparece en el manido esquema etnocentrista «sociedad tradicional/sociedad moderna». Todavía hay gente que cree que lo que sucede en Irán no tiene nada que ver con lo que está pasando aquí.

Pero resumamos lo que llevamos trabajado hasta ahora. Los procesos de construcción de las diferencias nacionales obedecen a una lógica común sólo explicable en un contexto internacional. Esa lógica es mucho más general, y rige esferas *aparentemente* diferentes a las del intercambio internacional. Pero aún nos queda cierto camino por recorrer.

La marginación y la integración

En los textos de los grupos de discusión con jóvenes emigrantes es fácil aislar la existencia de dos modelos culturales de edificación de la identidad nacional; uno es la *marginación*, y otro es la *integración*. Como tales, son modelos contradictorios, pero sobre esa contradicción se edifica el discurso de la identificación nacional.

Tanto la marginación como la integración suponen subjetivamente la adopción de un modelo cultural determinado. Para la marginación el supuesto modelo cultural español, para la integración el supuesto modelo cultural holandés o suizo. La integración supone percibir la realidad nacional desde el esquema desarrollado/subdesarrollado, y la marginación desde el esquema trabajo/ocio.

Ambos modelos aparecen como formas de explicación y de solución de la discriminación. El principio es siempre la existencia de una *marca* o *estigma* de exclusión. Susceptibles de convertirse en marcas puede ser el acento español, el aspecto físico, e incluso el pasaporte; siempre elementos que no

son controlables desde la voluntad. La marca es esencialmente eso, *algo que priva de la libertad de elegir la propia identidad cultural*. Identidad y elección son la misma cosa en la población que estudiamos: si yo no puedo elegir, mi propia subjetividad aparece puesta en cuestión, *la marca me niega como sujeto*.

En este punto es donde aparece la mayor diferencia entre la primera y la segunda generación. Para la primera generación la marca nacional no supone un atentado contra la identidad, ya que ésta se erige sobre la *herencia*; el ser español o no serlo no es un problema de voluntad. Quizá sea por este hecho por lo que la llamada «crisis de identidad nacional» sea algo específico de la segunda generación.

Pero veamos cómo a partir de la marca y de la identidad como elección se generan los modelos de la marginación y de la integración. Si yo estoy marcado sólo tengo dos posibilidades para erigirme como sujeto: o bien buscar un lugar (¿utópico?) en donde no existan las marcas, o bien *disimular* las propias marcas. Lo primero es la marginación, y España aparece como un lugar utópico en el cual no existen marcas nacionales; la comunidad emigrante también representa, como vimos, ese ideal de comunicación.

El disimular las propias marcas nacionales es lo específico de la integración. Y ese disimulo es tan dramático como el del travestí. Intentar no ser español en Holanda o en Suiza es lo que se quiere conseguir, cosa muy difícil, porque uno es bajito y moreno, no habla bien el idioma, o tiene pasaporte español. Es esencial para él que se quiere integrar rechazar a la familia y a la comunidad española, y acusarla, a su vez, de racismo: son ellos los que marcan a los holandeses y a los suizos, y no lo contrario. El punto de vista coincide con el del marginante: los subdesarrollados persisten en su automarginación, y ello justifica la discriminación. Si aceptaran las normas todo sería diferente.

Pero tanto la marginación como la integración aparecen como proyectos frustrados. La marginación implica el retorno, pero España parece que no les recibe con los brazos abiertos. El sentimiento de exclusión se reproduce en España. Además, la marginación reaviva la discriminación. La integración supone un proyecto imposible porque la marca reaparece constantemente, y el proyecto de regeneración de los emigrantes lleva a renunciar a los beneficios psíquicos, económicos y sociales que el pertenecer a la comunidad emigrante comporta. Escoger uno u otro camino conlleva frustraciones, así que lo normal es que se escojan *los dos*. Haga lo que haga, el emigrante *no puede ganar*.

De este análisis podemos también sacar ciertas conclusiones. La marginación y la integración «explican» en cierta medida la estructuración de las imágenes nacionales que analizamos anteriormente. La contradicción entre marginación e integración explica la ambivalencia de la imagen de España y la del país de recepción. El contenido de esas imágenes también puede ser

explicado de esta manera. La marginación centra el problema de la resolución de los conflictos de identidad sobre las relaciones entre iguales (cuyo modelo ideal es la fiesta); mientras que la integración sobre las relaciones entre desiguales (cuyo modelo ideal es la igualdad de oportunidades, principio del orden y la racionalidad).

Pero llegado a este punto podemos ya establecer homologías con otros fenómenos de marginación social. En especial, nos interesa la marginación de clase. Por nuestra propia experiencia, y por el material acumulado en reuniones con no emigrantes, no se nos escapa la semejanza con la percepción de los conflictos de clase en las clases medias, en especial de sus representantes juveniles. Las clases medias siempre se han definido ideológicamente por su ambivalencia a la hora de su identificación como clase. La integración y la marginación son también en las clases medias modelos alternativos y constantemente frustrados de construcción de su identidad de clase. La integración supone el proyecto férreo e individualista de ascenso social, y la marginación, en última instancia, la indiferenciación consumista.

Cualquiera que haya dedicado su trabajo al estudio de las formaciones ideológicas de clase (tristemente son demasiado pocos) coincidirá con nosotros en esta semejanza —que es casi identidad— entre los procesos de identificación nacional y las imágenes nacionales, y los procesos de identificación de clase y las imágenes de clase. Del cómo y el porqué pensamos que se produce este hecho trataremos en el capítulo posterior.

Lo que sí nos interesa, por ahora, es reflexionar sobre lo que es una marca. Anteriormente dijimos que los proyectos de integración y marginación partían de dos premisas básicas: una norma de identidad basada en la elección, y una marca. La marca aparece subjetivamente como un impedimento externo para asumir lo que conlleva la norma de identidad. Esto es importante porque podemos empezar a explicar lo que anteriormente planteamos, que tanto el marginado como el marginante poseen un mismo tipo de normas para la construcción de la identidad nacional y/o cultural (es importante no confundir este tipo de normas con lo que comúnmente se entiende por valores; la naturaleza de la norma de identidad es el *mandato*). Sólo de esta manera podemos entender el juego de agresiones entre el autóctono y el emigrante. En última instancia, la marca (subjetiva) se corresponde con la realidad objetiva de la *explotación*; la nombra, pero a la vez la oculta.

Por ello, todas las formas de explotación (hombre/mujer, campo/ciudad, padre/hijo, emigrante/autóctono, obrero/burgués) tienden a ser organizadas subjetivamente bajo similares esquemas de comprensión; por ello, el lugar de la lucha es siempre desplazado a un lugar ficticio: *el de la subjetividad*; y la noción de Estado es consustancial a la subjetividad. El emigrante verá desligado su destino, no solamente del obrero autóctono, sino de los otros emigrantes de otras nacionalidades.

Propuesta de un modelo explicativo

En nuestro análisis hemos aislado dos tipos de estructuras. Estructuras semánticas y estructuras discursivas. Las segundas explican, en cierta medida, las primeras. ¿Pero qué explican, a su vez, las segundas? Estamos en el campo de la explicación, y tenemos que entrar en la realidad social de la que el grupo es solamente un *síntoma*.

A primera vista, la impresión que da el discurso de la segunda generación es de perplejidad. Perplejidad ante el hecho de que la identificación nacional sea tan importante, y que la situación de la emigración cree estos embrollos tan complejos con respecto a lo nacional. Si para un ejecutivo las barreras nacionales pueden aparecer relativizadas gracias a un traductor competente, para un emigrante —que además es obrero— las cosas se ven de otra manera.

En lo que respecta a las imágenes nacionales observamos, sin embargo, que esa lejanía entre los emigrantes y nosotros no era tan exagerada. Los mismos estereotipos funcionan en nosotros cuando tenemos, por alguna razón, que definir lo español con respecto a lo europeo, o lo andaluz con respecto a lo catalán. La imagen de lo español es una especie de mediación entre el subdesarrollo, privilegiada desde el punto de vista del ocio. Pero no un ocio cualquiera, un ocio de clase media, un ocio de poco dinero. Tampoco en ello somos diferentes a los propios europeos. Para ellos España aparece —aparte de sucia y ruidosa— como el lugar utópico del consumo desenfrenado. Justo igual que nosotros vemos a Portugal o a Marruecos: buenos lugares para vacaciones, pero no para vivir. Mal que nos pese, tenemos que apenar con esa concepción de lo español, ya que, por lo menos, produce divisas.

La lógica de las imágenes nacionales traduce así una división del trabajo. En última instancia se puede saber la imagen de un país por el tipo de cambio de su moneda con respecto al dólar. Si en el capitalismo de producción las imágenes nacionales se organizaban en torno al esquema «desarrollado/subdesarrollado», el capitalismo de consumo las organiza desde el punto de vista del ocio, naturalmente, sin anular la primera antinomia. A la *teoría del desarrollo desigual*, que de alguna manera daba razón de ser a los nacionalismos, habría que añadir una *teoría del ocio desigual*, sobre la cual cristalizarían gran parte de los elementos que ahora se organizan en torno a las imágenes nacionales.

Creemos entrever este proceso en la diferencia que aparece en las imágenes nacionales entre padres e hijos en la emigración. El acento en el ocio y la consideración del trabajo (donde priman aspectos de organización sobre aspectos subjetivos del triunfo y capacidad para el triunfo, más evidentes en el discurso de los padres) nos parecen elementos suficientes para constatar este hecho. La emigración, por lo que tiene de fenómeno de intercambio

cultural permanente, es un lugar privilegiado para el análisis de la génesis de las identidades nacionales.

Podemos establecer la hipótesis de que las identidades nacionales no son sino un efecto entre otros de las condiciones de reproducción de clase. Bajo este supuesto, la identidad nacional y la identidad de clase tendrían una misma estructura, pero una diferente manifestación, bien sea en las relaciones internacionales, bien sea en las relaciones de clase. Este supuesto nos daría, por lo menos, la ventaja de comparar la emigración con otros fenómenos que están aparentemente lejanos, y confluir en una teoría general de la marginación que tuviera su origen en una lógica de clases. La identidad nacional se explicaría en última instancia porque lo nacional es un campo, entre otros, de la manifestación de la lucha de clases.

El texto ofrece dos modelos de construcción de la identidad (la integración y la marginación), mutuamente contradictorios. Hemos de suponer que en el contexto ha de existir una estructura tal que el operar con modelos contradictorios sea necesario para la supervivencia del joven emigrante. Naturalmente, el contexto que a nosotros nos interesa es el contexto social; pero ya en otros contextos, como el individual, se producen fenómenos semejantes, como puede ser, por ejemplo, la *diglosia*. Dado que unos contextos subsumen a otros, nuestro análisis puede ser de interés para especialistas que operen en áreas distintas.

La relación de *doble vínculo*, tal como la explica G. Bateson, responde a una situación comunicacional en que el sujeto debe obedecer a mandatos contradictorios³. Podemos pensar que la integración y la marginación son efectivamente mandatos en el contexto de la vida del joven, a los que tiene necesariamente que atenerse, ya que en ello se juega el recibir o no algún tipo de *castigo*.

Empecemos por la *marginación*. Es importante señalar que marginarse no es aislarse, sino organizar un determinado tipo de conducta por parte del grupo marginado frente a la conducta que hacia él tiene el grupo marginante. La marginación es una forma de *defensa* frente a una determinada *agresión*, del tipo que sea. Las conductas marginadas y marginantes están relacionadas de algún modo, una refuerza a la otra, aparecen en un mismo contexto. Vamos a llamar a esa relación *complementaria* para distinguirla de la relación *simétrica*⁴. Si yo agredo físicamente a una persona, esa persona tiene dos opciones, salir huyendo (relación complementaria), o bien agredirme a mí a su vez (relación simétrica).

Evidentemente, la segregación en *ghettos* por parte de los emigrantes es una respuesta cultural complementaria a determinados tipos de agresión por parte de la sociedad receptora. Pero lo que nos interesa es saber si

³ BATESON, G., *Pasos hacia una ecología de la mente*, Buenos Aires, Ed. Carlos Lohlé, 1976, 231-256.

⁴ *Ibidem*, 87-98.

puede existir algún tipo de *agresividad simbólica*, y cuál es su naturaleza y estructura, ya que la marginación es también una respuesta simbólica.

Según E. Goffmann, el aprendizaje de las conductas marginadas y marginantes es muy posible que se den simultáneamente en un mismo sujeto; lo cual, pensamos, implica que el marginado y el marginante poseen algún tipo de *norma común*. Para que una agresión simbólica sea efectiva es necesario que el agresor y el agredido convengan en que eso es realmente una agresión.

Esta perogrullada viene al caso para desechar cualquier intento de explicar la marginación desde elementos externos a la relación misma entre marginado y marginante; en nuestro caso, explicar la marginación de los emigrantes por una cultura teocrática, falocrática y campesina de éstos; lo cual es, tristemente, demasiado usual. Es decir, para que exista agresión, y, por tanto, conducta marginada, ha de existir una norma común entre marginado y marginante. Goffmann concluye que debe existir un tipo especial de normas, que denomina «normas de identidad», de un carácter paradójico, ya que su función no parece consistir en producir aceptación o rechazo: «Es posible que la base común de las normas (nosotros: de identidad) se sustente más allá del círculo de aquellos que pueden hacerse cargo de ellas»⁵. Ello supone que este tipo de normas toma la forma de *mandatos*: «Es un problema de ajuste, no de sumisión. Sólo si se introduce el supuesto de que el individuo debe conocer y mantener su lugar, se puede hallar, para su condición social, el equivalente completo de la acción voluntaria»⁶.

Estas apreciaciones de Goffmann nos colocan en el lugar preciso. La fórmula primaria de la identidad es el mandato y, de alguna manera, las identidades explícitas expresan ese mandato, bien como marginadas, bien como marginantes. Quizá esto y no otra cosa quería decir Marx con aquello de que la ideología dominante es la ideología de la clase dominante.

Pues bien, ¿qué podemos decir de la segunda generación y de su subcultura marginada? En primer lugar, tenemos que la marginación es una forma de mandato previa a la elección voluntaria del sujeto. El emigrante tiene que marginarse, la elección por lo español es el correlato subjetivo de un mandato objetivo, objetivamente inscrito en el contexto.

Pensamos que ese mandato puede tener la forma siguiente: «Todo el que no ha nacido en mi país es potencialmente un enemigo.» Véase la siguiente afirmación de Spinoza en el *Tratado Teológico Político*: «Entiendo que es *enemigo* aquel que vive fuera de la ciudad y no reconoce su imperio ni como súbdito ni como aliado. *Porque el enemigo del Estado no lo hace el odio, sino el derecho, y ese derecho es el mismo contra aquel que*

⁵ GOFFMANN, E., *Estigma*, Buenos Aires, Ed. Amorrortu, 1975, 151.

⁶ *Ibidem*, 150.

no reconoce su imperio por ningún género de contrato que para él que le ha hecho daño; y por eso puede, por cualquier razón, obligarle a obedecer ese derecho, por medio de la sumisión o por medio de la alianza»⁷. Si vamos tan lejos para justificar nuestra propuesta, es porque las raíces ideológicas del Estado son actualmente en gran parte inconscientes.

Con un mandato semejante, tanto el marginado como el marginante observarán sus relaciones como extranjero y súbdito. Toda agresión aparecerá como una agresión nacional. El retorno, dado que se está en inferioridad frente al autóctono (y no es dable plantear una invasión), es la única forma posible de defensa en última instancia. A su vez, el mandato específico del marginado emigrante sería algo así: «defiéndete como si toda agresión que sufres por parte del autóctono fuese una agresión nacional»; y por parte del autóctono: «agrede al extranjero como si de ello dependiese la estabilidad del pacto nacional»⁸.

Hablemos de la *integración*. Evidentemente, las únicas dos formas de establecer un intercambio entre súbditos de dos naciones bajo la lógica del pacto es la *marginación nacional* o la *integración nacional*; o bien rechazar el pacto en un aislamiento subjetivo, o bien aceptar el pacto. En la ideología burguesa ello dependerá de la decisión personal de cada uno. Pero en la práctica vemos que esto no sucede. Al emigrante no le es dable retornar, pero tampoco le es dable integrarse; no puede asumir un mandato excluyendo el otro, y los dos mandatos son contradictorios.

Evidentemente, la ideología del Estado funciona (o debería funcionar) en la medida en que ello ofreciera determinadas ventajas en distintos órdenes al público; por lo menos ésa parece ser la ideología más actual en lo que respecta a la naturaleza del Estado. El emigrante, indefenso frente a los dos Estados, no puede directamente ni marginarse ni integrarse. Diríamos, parafraseando a Marx, que «los emigrantes no tienen patria». En la emigración la ideología del Estado se muestra ineficiente, pero no por ello deja de funcionar por una especie de *doble vínculo*, cuya resolución sólo podría ubicarse en un marco transnacional.

El modelo propuesto puede ser útil para comprender la forma de los conflictos nacionales, pero no su contenido. Nuestra hipótesis es que la trasposición de la lucha de clases al nivel de la relación entre naciones —en la medida en que una nación puede aparecer como capitalista frente a otra en un determinado contexto—, por el efecto ideológico del mandato nacional, lleva a las distintas representaciones de lo nacional. La identidad nacional y las imágenes nacionales tienden así a estructurarse de modo similar a las identidades e imágenes de clase, y el conflicto de clase se reproduce a nivel nacional. El mandato de clase deriva en mandato nacional.

⁷ SPINOZA, B., *Tratado teológico-político*, Cátedra, 1976, 285.

⁸ Esta es la tesis de M. EBEL y P. FIALA en su interesante obra *Sous le consensus, la xenophobie*, Lausanne, Institut de Science Politique, 1983.

Por muy abstracta que parezca esta afirmación, creemos que no existe otra forma de entender la dinámica de las imágenes nacionales sin recurrir a elementos climáticos, o a un misterioso «sentimiento de pertenencia» que sólo se explica por sí mismo. El que la imagen preferente que la segunda generación tiene de España englobe elementos típicos del consumo de clase media (consumo por poco dinero, idealización de la juventud, supremacía de lo gregario, etc.), y que el autóctono rechace (y margine) esos elementos en función de un consumo de élite y privado, no hace sino expresar la función de esos países en la división internacional del consumo.

Esa peculiar situación del emigrante español lo iguala con otros emigrantes procedentes de países de características similares al nuestro (italianos, portugueses, griegos...), y los diferencia de otros cuyos países no han entrado aún dentro de la espiral consumista (turcos, marroquíes, etc.). Esto en lo que respecta al consumo. En lo que respecta a la producción, esta división también se da, ya que el obrero turco o marroquí compite con el español en precio de la mano de obra. Ante esta situación de paro, el español ve su situación amenazada por esos emigrantes. Aparte de que el destino del emigrante español es el de ser obrero de élite frente a otros emigrantes descualificados, y todos conocemos las relaciones que se establecen entre estos dos sectores de la clase obrera⁹.

De ahí que el discurso de los emigrantes tenga tantas semejanzas estructurales con el de las clases medias: impedidas para el ascenso social por su escaso nivel de renta, y por la discriminación de las clases superiores, y a su vez enfrentadas a una proletarización inminente, no son capaces de definirse ideológicamente; tan pronto asumen el discurso del amo como el del esclavo. Si algo define a estas clases es su propia vocación consumista, que es de hecho la función que cumplen en el proceso de valorización de la plusvalía en la circulación.

Las diferencias entre el discurso de los padres y el de los hijos da una idea del cambio ideológico que se ha dado en todos los países occidentales en las últimas décadas: del capitalismo de producción al capitalismo de consumo. «El consumidor ha sustituido al proletario como tipo ideal de esclavo industrial. Consumidor de bienes, palabras, de sexo, e incluso de trabajo»¹⁰. Esto, podemos añadir, ha sido posible gracias a la proletarización y explotación de los países subdesarrollados, de los que han partido las últimas oleadas de la inmigración europea. Tanto España como los emigrantes españoles se han beneficiado relativamente de esta situación. El

⁹ Para contextualizar estas perspectivas desde el punto de vista económico, véase FROBEL, F.; HEINRICH, J., y KREYE, O., *La nueva división del trabajo. Paro estructural en los países industrializados e industrialización en los países en desarrollo*, Madrid, Siglo XXI, 1980.

¹⁰ BAUDRILLARD, J., *L'échange symbolique et la mort*, París, Ed. Gallimard, 1976, 35.

cierre de las fronteras (que evidentemente ha sido una decisión política y no sólo económica) ha obligado al capital a invertir más fuera del país, lo cual ha acrecentado el paro en los países desarrollados. El destino probable de la emigración española no parece en esta situación de crisis demasiado venturoso, ya que los estados capitalistas no suelen reconocer los servicios prestados por la donación de plusvalía. Pero aun cuando jurídicamente el emigrante se iguale al autóctono, el racismo demostrará que los derechos de ciudadanía no se adquieren por la razón, sino por la herencia.